

Más vale prevenir que curar

Autor: MSc. Luis Pérez González

**Centro de procedencia: Universidad de Pinar del Río "Hermanos Saíz
Montes de Oca"**

Acudir a la sabiduría que desborda del refranero popular es siempre una alternativa útil –o diríamos desde una posición idiomática más purista- una estrategia comunicativa muy eficiente si queremos graficar sin muchos rodeos algo que ocurre. El título escogido para este trabajo responde a esta filosofía, porque justamente la tan esperada Instrucción 1/09 del MES se ha visto e interpretado en su alcance más estrecho y limitado como un documento normativo y regulador referido únicamente al descuento ortográfico, lo que, desde luego, ha provocado una aplicación también restringida que solamente toca a la ortografía.

Quizás –sin pecar de superficial- la razón de lo anterior se encuentre en el incuestionable hecho de que es este el componente más epidérmico y visible de todos los que conforman la lengua. Pero ello no puede conducirnos a la miopía pedagógica, porque más temprano que tarde tendremos que aceptar que el intento quedó a mitad del camino y que nos conformamos con “curar por arribita”.

Durante mucho tiempo –no solo los profesores de español- esperamos ansiosamente que se le pusiera coto oficial a las dificultades que jóvenes y menos jóvenes manifestaban a la hora de emplear los recursos y herramientas que la Lengua Materna nos ofrece y que, ante una prolongada actitud contemplativa, pueden traer una lamentable consecuencia: su deterioro. ¿Cómo entonces desaprovechar, o no saber usar, la oportunidad que a modo de apoyatura se nos brinda?

Ha transcurrido ya más de un año desde la emisión de esta Instrucción Ministerial y las acciones emprendidas han estado marcadas por este enfoque unilateral, que obvia el necesario tratamiento a otros importantes y deficitarios aspectos relacionados con la redacción, la caligrafía, la comprensión y, si trascendemos la escritura misma, esa oralidad tan dañada y hasta vapuleada por el hablante de hoy. Siento que se ha burlado un principio científico y también didáctico: la precedencia de la lengua oral, y muy apurados por “curar la herida” nos quedamos en sus

bordes.

No nos engañemos y acabemos de aceptar sin tapujos que urge un trabajo no solo correctivo, sino preventivo que vaya saneando las lagunas que actualmente comprometen y ponen en peligro las competencias comunicativas de la sociedad cubana. Ya sabemos que tal situación no es privativa de nuestro país, pero sería una ingenuidad seguir aquello de "mal de muchos, consuelo de todos", lo que nos impele a concebir de una vez una orgánica y coherente política lingüística que, junto a las instituciones escolares, implique al sistema de la cultura, a los medios masivos de difusión, a las organizaciones sociales,... a la población en su conjunto.

Nada remediamos adoptando una postura hipercorrectiva que se limite a penalizar al estudiante por los errores cometidos. Hay que remediar, hay que movilizar y hacer en el aula y fuera de ella. Cualquier escenario formativo y todo proceso universitario –sustantivo o no- deberá tributar a este macroafán de revertir a fondo los problemas que hoy se expresan en la aprehensión del idioma, sin que nadie culpe a nadie. Claro, el punto de partida siempre estará en lograr de veras una conciencia lingüística.

El detonante, que de inicio impactó a las universidades, ya ha tenido oportuna respuesta también en los niveles precedentes de la educación cubana. El reclamo ahora es de trabajar duro para que los claustros de profesores estén en posibilidad real de aplicar con justeza esta Instrucción.

En el Seminario Nacional a Dirigentes del MES, el pasado julio, se reconoce esta deficiencia al enunciarse con carácter nacional la no homogeneidad en la implementación de esta Instrucción. Los muestreos efectuados a los instrumentos evaluativos elaborados también lo confirman, por tanto, manos a la obra, no hacerlo sería una irresponsabilidad mayúscula por la que tendríamos que responder todos, comenzando por los directivos. La premisa es clara: no se puede aplicar bien aquello que no se sabe bien.

Cuando en un informe resumen de una visita a un centro, sea de la naturaleza que sea esta, se expone como un logro que tantos alumnos –cuantos más, mejor- variaron nota, y hasta desaprobaron, al aplicársele la escala de rebaja ortográfica; pienso que en su sentido más profundo estamos procediendo aberradamente, pues la finalidad última está en que cada día sean menos los que varíen su calificación.

La convocatoria queda presentada abiertamente: pasemos del discurso a los hechos. Activemos una Comisión de Expertos a nivel de comunidad lingüística, no solo entre las universidades. Desarrollemos cursos optativos y facultativos para estudiantes, así como cursos de actualización y diplomados para los docentes. Construyamos entre todos un ambiente que incite al cuidado de nuestra lengua como patrimonio cultural que reafirma la identidad del cubano. Demos tratamiento tanto a un problema de acentuación o de uso de grafía como a uno de pronunciación, vocabulario o fluidez verbal.

Deberá ser la clase de cualquier asignatura, una vía potenciadora del trabajo lingüístico que reclamen los propios contenidos que se aborden. Y ello sin yuxtaposiciones o incorporaciones dogmáticas, sino a través de una inserción coherente y orgánica (sin parches). Al menos el estudiante deberá tener ocasión para visualizar el vocabulario básico del tema que va configurando el metalenguaje de cada asignatura, ya sea a través del pizarrón o con el auxilio de las nuevas TIC.

El docente, desde luego, deberá constituir un modelo lingüístico en toda la extensión que este concepto entraña y cuando se visite una clase dentro de los parámetros a considerar por quien la observe, estará con toda prioridad, lo que aportó esta desde el punto de vista idiomático.

Por lo demás, todo el entorno deberá complementar lo materializado en el aula: murales, propaganda gráfica, documentos impresos, radio-base, matutinos, etcétera, serán espacios llamados a favorecer una adecuada comunicación no solo verbal sino también extraverbal.

Imperceptiblemente estaremos entrando ya en el amplio universo de lo cultural.